

Exaltación de la Santa Cruz

La liturgia celebra, el día 14 de septiembre, la “Exaltación de la Santa Cruz”. La vida de Jesús terminó en una Cruz. ¿Por qué? Él amaba y fomentaba la Vida: “Soy la VIDA; quiero que todos tengan vida en abundancia”.

La “cultura de los analgésicos”, en una sociedad que evita de cualquier forma el sufrimiento, no facilita la comprensión del misterio de la CRUZ. A nadie le gusta sufrir; pero el sufrimiento, muchas veces, es el camino para metas que nunca serían alcanzadas desde el conformismo de un sofá.

El mundo moderno (y siempre) evita las cruces. Sin embargo, los mejores atletas enfrentan duros entrenamientos para conseguir una meta. Al final, el sufrimiento se transforma en “victoria”; no fue por suerte; hubo una decisión inicial que puso en marcha un esfuerzo extremo.

Jesús no murió por casualidad; mucho menos porque “Dios quería la muerte de su Hijo”. Era el Hijo que le agradaba profundamente, como revela el Evangelio.

Jesús vivió de acuerdo con una decisión personal (estilo de vida) que causó serios conflictos con las autoridades religiosas y civiles. La vida de Jesús fue una permanente revelación de su compromiso con los últimos, con las víctimas de la religión y de la política, para promover una nueva cultura de respeto e inclusión de los desheredados.

Reveló la imagen de Dios amoroso, misericordioso y paternal. Invitaba a una relación personal, íntima y afectiva con Dios, el Padre de misericordia. Llamaba bienaventurados a los pobres, a los que trabajan por la paz, a los que tienen hambre y sed de justicia, a los perseguidos por su causa... Se identificó con los que sufren, rechazados, enfermos... y anunciaba el Reino de Vida, al cual todos eran invitados.

Su profunda humanidad, al defender con tanto empeño la vida de los pequeños, lo colocó en una situación de confronto. Su estilo de vida incomodaba, denunciaba, cuestionaba leyes y tradiciones. Era consciente de la repercusión que causaba su palabra; era realista; sus críticas contra el sistema religioso y político anunciaban un final trágico. La muerte de Jesús fue premeditada, decidida y ejecutada; los representantes religiosos y políticos tenían sus razones para eliminarlo; Jesús era un peligro para la nación.

Jesús no quería morir; amaba la Vida. Vivió su propia muerte como un acto supremo de amor, por la vida de todos. Reveló, con gestos y palabras, que la vida humana era sagrada e inviolable, delante de tantas agresiones.

La muerte de Jesús no tiene sentido, así como es injusta la muerte que quienes mueren por causa de la violencia, guerras, desigualdades... La vida está siendo ejecutada diariamente, en medio de la indiferencia generalizada. Hay demasiado egoísmo, afán de lucro, ansias de poder, que generan demasiadas cruces.

Exaltamos la Cruz como revelación del amor más generoso que un día pasó y continúa pasando por la Tierra, convocando a todos a crear un mundo más solidario, que se empeñe más para que haya “vida digna” (no cruces) para todos.

Hacemos la señal de la Cruz como expresión de haber sido muy amados por quien, en ella, murió y como compromiso a favor de la vida de todos, como Él quería

Padre Jesus Guergué Sch.P.

